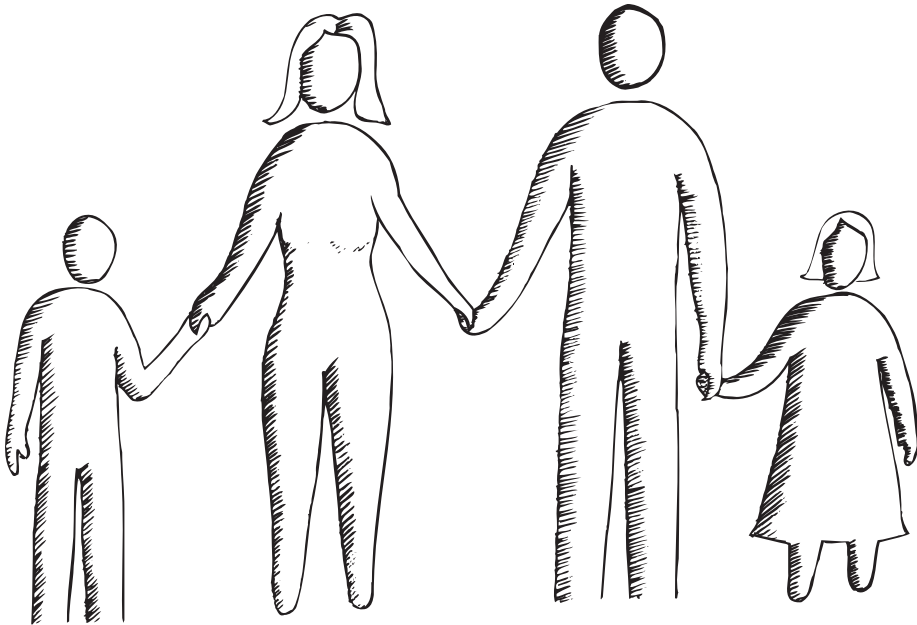


EDUCACIÓN SEXUAL Y TRANSMISIÓN DE VALORES ÉTICOS

Un problema de sociedad: el ejemplo ecuatoriano*

Marie-Astrid Dupret**



* Texto elaborado a partir de una ponencia presentada en el coloquio sobre transmisión que tuvo lugar en Namur (Bélgica) el 10-12 de septiembre de 2007.

** Psicoanalista. Miembro de la Asociación Lacaniana Internacional (ALI). Docente de la Maestría sobre Infancia y adolescencia de la Universidad Politécnica Salesiana.

El árbol del Bien y del Mal, y el árbol de la vida

“Y Adonāi Élohim hizo crecer del suelo muchos árboles deseables para la vista y buenos para el comer, y el árbol de vida en el medio del jardín, con el árbol del conocer bien y mal”¹.

En los primeros versículos del Génesis, se hace alusión a dos árboles particulares en medio de otros destinados al placer y al consumo; el uno es el árbol de vida y al lado está el del conocimiento del Bien y del Mal. No es fácil entender el por qué de la presencia de dos árboles en el jardín del Edén aunque, por cierto, en muchos otros relatos míticos, aparecen uno o más árboles con connotaciones simbólicas muy valiosas². Lo que quisiera resaltar aquí es el vínculo que la asociación de los dos en un espacio simbólico nos lleva a establecer, por un lado, la vida que para los seres humanos pasa por la reproducción sexual, sin olvidar su dimensión de amor, y, por el otro, la ética en cuanto conocimiento del Bien y del Mal. Más precisamente una lectura estructural permite sugerir una relación de la sexualidad con el saber a través de una pareja de oposición cuya significación parece remontar al

alba de los tiempos humanos, indicándonos de esta manera la importancia atribuida por las sociedades tradicionales y primitivas no sólo a cuestionamientos sobre el origen de la vida, la fecundidad, la fertilidad o la muerte, sino también a los modos de transmisión a la juventud de los conocimientos prácticos y, más aun, religiosos y morales.

En este breve ensayo quisiera mostrar, en qué medida la historia de nuestro mundo se relaciona con la transmisión de una *herencia simbólica*, que integra los valores éticos, entre los cuales la sexualidad entendida en su sentido psicoanalítico como articulación entre lo más íntimo y pulsional de un lado, y lo colectivo del otro, ocupa un puesto preeminente. En este sentido, relacionar la sexualidad, en cuanto determina los caminos de la inserción del sujeto en su grupo social, y los valores éticos no es un disparate, sino que debería formar el eje de toda verdadera educación con fines socializadores, en el presente como en el futuro, si queremos que sirva para asegurar una posibilidad de convivencia social para las nuevas generaciones.

Sin embargo, antes de desarrollar los distintos aspectos de este tema

1 Génesis 2, 9. Retomo la traducción de André Wénin (2007), *D'Adam à Abraham ou les errances de l'humain. Lecture de Genèse 1,1 - 12,4*, Les Editions du Cerf, Paris: 52.

2 Cfr. Mircea Eliade. *Tratado de historia de las religiones*. t.II, Cristianidad, Madrid, 1974: 42ss.

para luego pasar al análisis de una situación concreta, algunas reflexiones respecto al discurso dominante de la postmodernidad, o sea el discurso que determina el sentido de las representaciones imaginarias actuales, ayudarán a entender mejor los alcances del cuestionamiento planteado.

El espacio de la sexualidad en la postmodernidad

En su novela premonitória, 1984, el escritor inglés, G. Orwell, describe una sociedad donde todo lo que tiene que ver con las relaciones sexuales y la reproducción esta abandonado a manos del *prole* (o proletariado), lejos del mundo de los dirigentes políticos supuestamente responsables del buen funcionamiento de la comunidad; oficialmente la sexualidad sólo se puede expresar en las afueras de la ciudad, lejos de la vida social del partido, como si se tratará de una manifestación de descontrol, reservada a un grupo humano inculto, que se dedica sobre todo a satisfacer sus instintos elementales. En las sociedades contemporáneas, por cierto, no se observa una exclusión o un rechazo de la sexualidad hacia las

periferias de la urbe, aunque un análisis perspicaz permite notar que la reproducción generacional depende principalmente del llamado 'tercer mundo', a quien incumbe ofrecer de manera sobreabundante la mano de obra faltante en las sociedades desarrolladas en crisis de natalidad.

Sin embargo, existe otro paralelo sutil entre la descripción de Orwell y el mundo postmoderno: el hecho que los espacios aptos a la vida sexual están apartados de aquellos otros donde se desarrolla la labor productiva de los ciudadanos, sometida a un sin número de reglamentaciones, restricciones y recomendaciones que promueven un orden de higiene social y personal -no fumar, vestirse correctamente, ordenar la basura-, a las cuales se añaden consejos dietéticos ya que el trabajador tiene que mantenerse en buena forma física. A cambio, todo lo que se refiere a la sexualidad se ha vuelto lo propio de una esfera de excepción, un dominio cerrado, reservado a las expresiones más íntimas e individuales del ser, donde prácticamente cualquier comportamiento está autorizado con tal que no desborde en la escena pública y sobre todo no afecte el trabajo³. Es

3 Es cierto que últimamente han surgido movimientos en defensa de comportamientos sexuales aberrantes como la pedofilia y que no tienen reparo en hacer público sus reivindicaciones; sin embargo, lo que cuestionan es la libertad de comportamiento sexual en lo privado y no la diferenciación entre espacios públicos sometidos a normas de comportamientos y espacios privados que, en nombre de la libertad, permiten cualquier tipo de comportamiento.

decir que en el plano de la vida sexual, ya no existen límites éticos y lo prohibido se restringe principalmente a cuestiones ligadas al no consentimiento del otro⁴. Lo que permite afirmar que el vínculo entre la sexualidad y la ética colectiva se está volviendo muy frágil si todavía no está roto del todo.

Estamos en un mundo dominado por discursos, que determinan nuestras representaciones de los valores y de los comportamientos adecuados según los espacios y momentos, y que organizan nuestra vida en la mayoría de sus aspectos fundamentales, incluso los más íntimos, aunque no solemos percatarnos de este hecho. Pero estos discursos no son neutros y sirven a los intereses de los que dominan la marcha del planeta. En este sentido, la separación entre la sexualidad y las normas éticas de convivencia encaja perfectamente con los imperativos del mercado neo-liberal, que sólo puede expandirse a costa de una fragilización del lazo social, fomentando un consumismo desenfrenado, que le sirve de base de funcionamiento y que crece proporcionalmente a la atomización de los vínculos familiares y al des-

prendimiento del individuo de su grupo de pertenencia, abocado a remplazar sus relaciones afectivas y amorosas por la posesión de bienes materiales.

Esta situación de antagonismo aparente entre las libertades individuales, especialmente en el plan de la sexualidad, que supuestamente constituirían el bien privado y los valores colectivos destinados a asegurar la productividad, nos ofrece una explicación de las dificultades casi insuperables a las cuales se enfrentaron los programas de educación sexual, como se vio de manera ejemplar este último año en España⁵. En efecto, ¿cómo enseñar una materia que ya no responde a valores comunes sino a opciones meramente personales? De este modo, no es exagerado pensar que en nuestro mundo actual el árbol de la vida y el del conocimiento del bien y mal, ya no crecen en el mismo jardín

Esta metáfora, lejos de ser anodina, permite situar el problema planteado a otro nivel y explicar porque, en cierto modo, la asociación de la educación sexual con la ética va en contra de los discursos actuales orientados por las necesidades mer-

4 Cfr. Pierre Collart. *Les abuseurs sexuels d'enfants et la norme sociale*. Academia Bruylant, Louvain-La-Neuve, 2005.

5 La educación sexual constituía sólo una parte de los programas de educación cívica pero resultó ser el motivo principal de las disputas.

cantiles del neoliberalismo y por el predominio de un individualismo extremo que obviamente torna insoportable todas las restricciones que impone la vida en común.

Después de esta primera aproximación al tema, volvamos ahora a las palabras y expresiones que conforman el título: educación sexual, transmisión y valores éticos. Intentaré precisar el sentido de cada una, enmarcándola dentro de una estructura conceptual que permitirá luego el análisis de la problemática sociopolítica que se plantea muy concretamente hoy en día en el Ecuador a través de los conflictos y las propuestas alrededor de la educación sexual.

Valores éticos, bien común y herencia simbólica

Los animales humanos que somos no sólo somos esencialmente sociales sino que no podemos prescindir de nuestra inserción en un grupo. Nacemos dentro de una socio-cultura a la cual nos vinculará para siempre un *sentimiento de pertenencia* (aunque a veces puede transformarse en rechazo hacia lo familiar) por compartir costumbres,

modos de vida, creencias, conductas y todo lo demás que constituye nuestra *herencia simbólica*. Sin embargo, esta herencia no se limita a una acumulación de elementos sueltos sino que conforma un conjunto organizado alrededor de ciertos principios y de ciertas referencias fundamentales entre los cuales el lenguaje ocupa un lugar privilegiado; en efecto, la estructura lingüística preside toda socio-cultura y sin duda sirve de eje mayor dentro del sistema, ejemplificando la necesidad de organizar la vida en común, en cuanto no está construido en base a una mera suma de palabras sueltas, sino que funciona a partir de reglas sintácticas, semánticas e incluso discursivas muy elaboradas y relacionadas entre sí; lo que permite decir que toda sociedad humana tiene como trasfondo un sistema lingüístico y constituye un verdadero *texto*, según la expresión de Pierre Legendre⁶.

Se entiende el por qué tener una lengua común, un modo de comunicación, que nos permita entendernos lo suficiente como para poder dialogar dentro de un marco organizado, es la condición primera de una vida en sociedad. Lo mismo ocurre con

6 Pierre Legendre. *De la Société comme Texte*, Fayard, Paris, 2001.

los principales componentes de la cultura como, por ejemplo, la cosmovisión y la concepción del tiempo, o la manera de actuar en los espacios comunes: entender de la misma manera las señales de tránsito permite evitar choques en cada esquina, etc. De ahí, la importancia, para vivir juntos con un mínimo de armonía, de compartir una misma *herencia simbólica*, dentro de la cual los principales valores éticos representen sin duda el elemento esencial.

De hecho, ninguna sociedad puede prescindir de unos valores éticos comunes. Siempre, los seres humanos hemos necesitado tener una idea más o menos definida de lo que constituye el Bien común y de lo que le es contrario, o sea, una demarcación entre lo permitido y lo prohibido; aunque exista una gran variación entre el sistema de reglas y de cada socio-cultura, entre los comportamientos correctos y aceptables, y los que están considerados como inadecuados, malos o perjudiciales. De este modo, los valores éticos a la vez organizan la vida en común y determinan el ideal de comportamiento en el seno de la sociedad.

A un nivel más práctico, el modelo ético que sostiene la convivencia de una comunidad se refleja en una serie de principios organizadores de

la vida social, que se plasman en reglas y leyes; podemos vivir juntos porque compartimos las mismas normas, estamos sometidos a la misma constitución: “*Nadie puede ignorar la ley*”. Aunque este tema está muy discutido en la actualidad a raíz de los debates respecto a las libertades individuales, a nadie se le ocurriría cuestionar la prohibición de matar, que constituye uno de los mandamientos fundamentales, expresado en general bajo la forma del repudio al parricidio considerado como el crimen ejemplar. Su contraparte del lado materno, la prohibición del incesto, aparece como la otra ley de valor universal. Para entender el papel clave de estas dos interdicciones, un acercamiento al lugar muy especial de la sexualidad en la vida social es imprescindible.

La sexualidad entre lo individual y lo colectivo

En lo que se refiere a la sexualidad, es importante subrayar que, al contrario de lo que se escucha a menudo en el mundo actual, como el ‘derecho al placer’, o la reivindicación de un goce sin límite del cuerpo individualizado y aislado, la sexualidad se ubica en una necesaria relación del

sujeto al otro, a los otros e incluso al gran Otro⁷, esta figura o idea sirve de principio organizador a toda socio-cultura.

Repetimos, la sexualidad, mucho antes de jugarse a nivel individual y subjetivo, es un asunto colectivo; más aun se trata de una forma de reproducción de la vida y de una complementariedad, sólo posible por la unión de dos seres de sexo opuesto que aparece en un momento de la evolución de las especies y que, por ende, se inscribe en el flujo de lo viviente. Dicho de otro modo, no depende como tal del individuo, porque nadie ha tenido ninguna decisión respecto a su propio nacimiento y menos aun en cuanto a su concepción; a pesar de todos los progresos en la ingeniería genética, hasta ahora - y es probable que jamás se pueda superar esta barrera - sólo lo viviente puede producir lo viviente. La idea de una auto-fundación o de una auto-emergencia es un puro mito postmoderno⁸. Para los seres hablantes, la sexualidad se ha vuelto sinónimo de la alteridad; como lo decía Hegel, la sexualidad es la forma pri-

mitiva del reconocimiento del otro en su diferencia fundadora, “*la reciprocidad de saberse-en-un-otro*”⁹. Si insistimos en esto, es justamente para recalcar que, nos guste o no, somos parte de un colectivo, que ha tomado la forma de una socio-cultura para los humanos, con la cual estamos en posición de deudor en cuanto a la *herencia simbólica*, ya que nos resulta imposible sobrevivir totalmente fuera de una comunidad.

Siendo un asunto de sociedad, la sexualidad es entonces fundamentalmente organizada por las costumbres y por el montaje ‘*dogmático*’¹⁰ de cada grupo, y no puede pensarse al margen de sus valores morales propios; por ende, se podría decir que la sexualidad es en esencia una cuestión de ética, en relación con la posibilidad de vida colectiva.

La prohibición del Incesto como Ley fundadora de la sociedad

Si se acepta atribuir a la sexualidad un papel esencial en la organización de la vida colectiva, la idea pro-

7 Esta palabra acuñada por Lacan sirve para designar el punto de referencia simbólica y la garantía que mantiene la cohesión del lenguaje y de la sociedad.

8 Cfr. Olivier Rey. *Une folle solitude. Le fantasme de l'homme auto-construit*, Seuil, Paris, 2006. Jean-Pierre Lebrun, “*Des incidences de la mutation du lien social sur l'éducation*”, *Le débat* #132, noviembre-diciembre, 2004:151-176.

9 Citado por Axel Honneth (1994), *Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*, Suhrkamp taschenbuch wissenschaft, Baden-Baden: 63.

10 Pierre Legendre, *op. cit.*: 18.

puesta por Freud respecto a la prohibición del incesto como motor esencial de la estructuración subjetiva a través del complejo de Edipo toma toda su sentido. Luego Lévi-Strauss¹¹, apoyándose en la hipótesis freudiana mostró de manera muy convincente que la prohibición primordial de retorno al seno materno, a la par con la interdicción de parricidio, sirve de principio fundador a toda sociedad. En otras palabras y siguiendo este planteamiento, la primera indicación de una conducta prohibida, de un comportamiento que suscita el repudio, nació con la prohibición del incesto materno-infantil - *No reintegrarás a tu producto* - alrededor del cual se estructuraron las otras leyes necesarias para organizar la convivencia.

De hecho, el lazo entre normas y sexualidad aparece de una forma u otra en los mitos de origen de las sociedades más diversas del mundo; por lo que se puede pensar que los valores éticos nacieron en primer lugar para ordenar las conductas sexuales, estableciendo lo que esta permitido y lo que esta prohibido en este campo esencial de reproducción generacional. Todo esto lleva a afirmar que no se pueden desligar las

normas que rigen la sexualidad, y por ende las relaciones con nuestros semejantes, del sistema de valores sobre el cual se apoya la vida en común. De modo que los principios morales subyacentes a los comportamientos sexuales se presentan como parte integrante de la *herencia simbólica*, es decir, de elementos de la cultura, que deben transmitirse de generación en generación.

Transmisión de la herencia simbólica y educación

Entre los nuevos términos y conceptos que suscitan atención en el mundo actual, aparece el de *transmisión*, una palabra muy densa en significaciones múltiples; en las líneas siguientes, sólo se tratará de la transmisión de la cultura a través del tiempo. En este marco, se puede hablar de la transmisión de bienes materiales de una generación a otra, pero existe otra transmisión que concierne los saberes, los modos de hacer y de hablar, las creencias, los gestos, la cosmovisión y miles de otras cosas abstractas y simbólicas, es decir, todo lo que constituye la dimensión simbólica de una socio-cultura, dentro de la cual se ubican

11 Cl. Lévi-Strauss. *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós, Buenos Aires, 1969.

los valores éticos que giran por lo general alrededor de la idea de un Bien común y que sirven para orientar los comportamientos dentro de una sociedad.

El ser humano es un animal 'desnaturalizado' por el lenguaje y, como consecuencia del desarrollo de esta nueva modalidad de comunicación, los instintos que guían la vida animal, están en él coartados en su origen, manteniéndose exclusivamente bajo la forma de pulsiones. En otras palabras, para poder organizarse, sobrevivir y actuar en un mundo humanizado - no se trata de una elección sino de un destino -, el joven ser hablante está obligado a integrar los modos de comportamiento y las reglas de su sociedad, así como toda una serie de elementos culturales, que no son innatos y que constituyen la dimensión de lo Simbólico específico al mundo de los hombres. Es decir, esta *herencia simbólica* debe ser objeto de transmisión de una generación a la otra a través de un paulatino proceso de aprendizaje, mucho más allá de una simple asimilación de conocimientos.

Desde un punto de vista psíquico, lo esencial de la transmisión esta constituido por el bagaje simbólico, y

muy en particular por el lenguaje, indispensable para una vida humana que es una vida en sociedad. El mito de la autofundación es un señuelo de la postmodernidad: ningún lactante empezará por hablar una lengua que se hubiera inventado y, si su lengua natural no le es transmitida en el curso de sus primeros años de vida, simplemente, no se humaniza y tampoco tiene la oportunidad de volver a un estado animal. Por ende, todo lo que es parte de la cultura está sometido a ciertas condiciones de transmisión, entre las cuales citemos el papel del agente transmisor, el momento y el lugar de la transmisión, por ejemplo, para favorecer su apropiación por el sujeto en formación.

Aprendizaje y teorías sexuales infantiles

Todo este proceso de adquisición de los contenidos de la cultura es lo que se puede llamar *educación*¹². En el mundo animal, sobre todo cuando se tratan de especies superiores, el aprendizaje juega un papel importante en el desarrollo del individuo, esencialmente por la función de *imi-*

12 Cuando se habla de un niño mal educado, uno se refiere precisamente en el hecho que no respeta las reglas de conducta prescritas en su medio.

*tación*¹³. Cuando nos referimos al ser humano, los instintos *intervenidos por la palabra* han dejado de funcionar de modo que no pueden servir para guiarle en sus conductas, ni siquiera en el plan sexual; en su lugar hay *pulsiones*, que se organizan a partir de representaciones mentales estructuradas por significantes, lo que quiere decir que dependen directamente de la *herencia simbólica*, que el ser hablante recibe de sus antecesores. Después de un primer tiempo de aprendizaje, durante el cual son la familia y en especial los padres los encargados de transmitir a su bebé una gran cantidad de elementos culturales además de la lengua ‘materna’, por ejemplo, ritmos, gustos, sabores entre otros, luego la transmisión de la cultura se concretiza principalmente a través de la educación escolar en gran parte del mundo contemporáneo; más aun, en las socio-culturas de la época postmoderna, donde el anonimato de las grandes ciudades domina los vínculos personales¹⁴, la educación se ha vuelto el principal factor de socialización y de integración a la vida colectiva.

Empero, antes de dilucidar la rela-

ción entre educación escolar y educación sexual, vale la pena recordar el vínculo, ya descubierto por Freud y luego desarrollado por sus sucesores, que existe entre la curiosidad sexual del niño y su capacidad de aprendizaje. Hacia los tres o cuatro años, el pequeño ser hablante esta inmerso en un trabajo muy serio e intenso de elaboración de sus relaciones afectivas con padre y madre (lo que se llama el Complejo de Edipo), que le abrirá el camino a su proceso de socialización, en la medida que logre desprenderse de la dominación absoluta de aquellas figuras ideales. Para el efecto, él se construye, a la manera de los mitos tradicionales, sus propias teorías sexuales que representan su modo personal de interpretar las historias que se le cuenta respecto a temas de gran interés para él como el origen de los bebés, la diferencia sexual o la ‘escena primitiva’, es decir la relación sexual entre sus padres, de la cual él es el fruto.

Esta etapa de fuerte trabajo intelectual le permite al niño ordenar su mundo por un esfuerzo de estructuración simbólica, que le resulta indispensable para poder interesarse

13 Hay que notar que los comportamientos sexuales escapan en gran parte al aprendizaje por imitación de modo que, como lo indica Lévi-Strauss, en este campo se observan conductas muy variables dentro de la misma especie. En efecto, los comportamientos sexuales están organizados por los instintos, de modo que dependen de factores circunstanciales y de percepciones tanto endógenas como exógenas, cuya presión determina las actuaciones consiguientes

14 Cfr. Marc Augé. *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Seuil, Paris, 1992.

por todas las cuestiones, que serán luego parte del aprendizaje escolar, empezando con las ciencias naturales y la observación de los procesos germinativos de las plantas, pasando por la lectura y la escritura de palabras como una especie de misterioso código, que hay que descifrar para entender los secretos del mundo, y terminando con las matemáticas, que le darán las herramientas para dar forma a problemas muy concretos como, por ejemplo, la multiplicación para figurar el nacimiento de un hermanito o la división respecto a la separación de los padres.

La educación sexual como medio de transmisión de los valores éticos

Existe por lo tanto una relación muy directa entre la adquisición de las primeras nociones respecto a la sexualidad, aunque sea de forma todavía mítica y ficticia, y la capacidad de aprendizaje. De cierta manera, el proceso de simbolización que significa esta apropiación de conocimientos es lo que habría que llamar con toda pertinencia *la educación*, donde los gestos afinados, las palabras nuevas, las conductas adecuadas, se inscriben dentro del marco de una vida colectiva de intercambios,

de diálogos e incluso de competencia y de colaboración, cada vez más intensos y dinámicos. Entonces, la articulación entre educación en valores y educación sexual dejará de ser un asunto conflictivo y discutido, y se volverá un medio valioso para mejorar la convivencia pacífica.

En apariencia la educación sexual, por lo menos tal como se la concibe a menudo, o sea una información sobre lo que supuestamente se tiene que saber y hacer para tener acceso a una sexualidad feliz, libre, placentera..., no tiene mucho que ver con la transmisión de valores éticos.

En este contexto, es fácil asir el vínculo que existe entre transmisión, valores éticos y sexualidad. En la base del sistema de valores éticos que aseguran una posibilidad de vida en común se encuentra la sexualidad, es decir, un lazo que une el sujeto a los otros: por este motivo, las costumbres sexuales forman uno de los elementos más importantes de cada socio-cultura; de modo que las maneras de actuar que constituyen la sexualidad, como todo lo que es del orden de lo simbólico, debe ser objeto de transmisión.

Educación sexual, educación en valores y transmisión de la herencia simbólica; conviene ahora demostrar el interés tanto teórico como práctico y político de la vinculación estruc-

tural de estas nociones, y para el efecto, se examinarán ahora los motivos y los alcances del debate que surgió recientemente en el Ecuador alrededor de un programa ministerial de educación sexual. Sin embargo, para entender el planteamiento que sigue, una breve descripción de algunas características de la problemática psico-social del país de estos últimos años resulta necesaria.

Malestar sociocultural en el Ecuador contemporáneo

Cabe recalcar que la reflexión a continuación surge de una larga práctica de campo a través de la supervisión del trabajo de los estudiantes de psicología, que brindan un apoyo psicológico a sectores desfavorecidos de la población ecuatoriana, provenientes principalmente de la ciudad de Quito y de sus alrededores. Las observaciones que surgen de esta experiencia pueden extenderse sin mayores modificaciones a todos los sectores marginales del país y, de manera más general, a

los de bajos recursos económicos; sin embargo, muchas de las problemáticas observadas no evitan las clases más acomodadas¹⁵.

Desde algunos años, el malestar que vive la población del país se ha acentuado, a tal punto que el calificativo de 'catástrofe social' no parece exagerado si se toma en cuenta la ola de migración de finales de los noventa, que ha aumentado vertiginosamente hasta alcanzar un pique en el año 2000¹⁶, poniendo de manifiesto síntomas dramáticos de los niños y adolescentes, que viven una situación de desprotección ligada a un proceso de desestructuración familiar, a menudo - aunque no únicamente - como consecuencia de la marcha de los padres y, muy en especial de las madres, hacia el extranjero en pos de trabajos bien remunerados.

Todos los chicos que han experimentado de una forma u otra el abandono de las figuras adultas de referencia son mucho más vulnerables a los peligros externos que amenazan a los niños y jóvenes en general. En particular son presas muy

15 La posición de psicoanalista (que es la mía) se fundamenta en una concepción de la universalidad del ser humano: no importa dónde o cuando hayamos nacido, somos en esencia todos iguales; lo que nos determina, mucho más allá de nuestros caracteres genéticos, es nuestra integración - o no integración - a una socio-cultura dada, indispensable para el proceso de subjetivación y por ende de humanización porque incluye como elemento esencial el sentimiento de pertenencia a una colectividad del cual proviene la adhesión a sus valores éticos y la posibilidad de convivencia pacífica.

16 Cfr. Informe de las Naciones Unidas de 2006: *Ecuador: Las cifras de la migración internacional*.

fáciles de maltrato y de abuso sexual, cuya incidencia es ya de por sí altísima en el país¹⁷. De manera general, las consecuencias de la desprotección de la juventud se manifiesta en una fuerte dificultad para establecer relaciones parentales estructurantes, imprescindibles para su proceso de subjetivación y de socialización; se observa además un crecimiento notable en el consumo de alcohol y de drogas; a la par, la delincuencia juvenil -e incluso infantil- se extiende con formas cada vez más violentas, muy ligadas a los imperativos consumistas: 'Maté para conseguir un par de zapatos de marca'; por los mismos motivos, aumenta una prostitución adolescente de manera inquietante. Muchos, y en especial los tenorios de la niñología, critican esta visión alarmista de la realidad, pero velar los hechos recopilados en una larga práctica con los sectores desfavorecidos parecería muy irresponsable. Añadiremos que las expresiones de malestar de los niños y de los adolescentes se expresan por comportamientos desviantes que son cada vez más numerosos en todo el mundo y, de ninguna manera, de exclusividad del Ecuador y de Latinoamérica; sin

embargo, en un país del tercer mundo como el nuestro, su visibilidad llama la atención a la vez que existen menos barreras institucionales para ayudar a canalizar la violencia dentro de marcos definidos - como por ejemplo los *holligans* en el fútbol.

Como sea, estas observaciones ponen a la luz una trama sociocultural cada vez más frágil y debilitada, sobre todo por los imperativos consumistas del discurso neoliberal postmoderno que priorizan la adquisición de bienes materiales, volviendo caducos los valores éticos. En este contexto, uno entiende cómo la *educación sexual*, considerada como parte de la *herencia simbólica* de cada uno y, por lo tanto, como *objeto de transmisión tanto como los otros valores éticos*, podría volverse un medio muy propicio para remediar el caos de las vivencias personales y colectivas, promoviendo cambios profundos que puedan asegurar un futuro de paz social más alentador.

Los problemas planteados por una propuesta de programa de Educación Sexual en el Ecuador

En los párrafos anteriores, se hizo mención de la importancia de la

17 El tema del incesto inquieta mucho a algunos profesionales. No existen estudios serios al respecto; sin embargo el número muy elevado de casos de abuso sexual intrafamiliar a niños encontrados por los estudiantes de psicología y otros profesionales de la infancia en sus prácticas indica una situación alarmante.

transmisión de valores éticos, entre los cuales hay que situar las normas sexuales, para asegurar el mantenimiento y el fortalecimiento del lazo social. A la inversa, la situación de desestructuración sociocultural muy brevemente descrita más arriba indica una grave falencia en lo que sirve de aglutinador o de organizador de la vida colectiva, que deja abiertas grietas tan grandes en los diques de contención necesarios a la convivencia, que las fuerzas del mercado neoliberal por un lado, y por el otro, la violencia más elemental, la que nace de las imposibilidades de palabra y de diálogo, no tienen ninguna dificultad para romperlas.

En este contexto, un programa de educación sexual bien elaborado y pensado en función de las necesidades de la sociedad podría ser un medio para producir cambios y promover una dinámica social diferente. Sin embargo, el programa propuesto por el Ministerio de Educación Nacional, conjuntamente con las directivas de varios organismos internacionales y nacionales, recomiendan un camino plagado de desconocimientos y errores pedagógicos, a pesar de mucha buena voluntad por parte de la mayoría. Por esta razón, se organizó en junio del 2007 un *‘Diálogo sobre la Educación Sexual en el Ecuador’*. La intención de este

intercambio académico era ofrecer la oportunidad al gobierno de explicar su nueva propuesta de educación sexual, así como su opción por utilizar traducciones de manuales provenientes de Holanda como textos de referencia; también se invitó a distintas instituciones trabajando en el campo de la sexualidad para dar a conocer sus planteamientos en la materia.

Unas reflexiones críticas respecto a las propuestas de educación sexual en el Ecuador

En la primera parte del diálogo, se invitó a dos personas del Ministerio de Educación para que presenten los nuevos programas con el fin de dar a conocer los contenidos y aclarar las imprecisiones. Las exposiciones tanto como las propuestas pusieron de relieve graves fallas que puntualizaremos ahora, con el fin de situar mejor los impasses e incluso los peligros para la salud mental de los niños y para la integración sociocultural que conllevan estos planteamientos.

Limitándonos a los programas del Gobierno, algunos puntos deben ser resaltados en cuanto merecen profundización y debates serios. En síntesis, mencionemos:

1. El hecho que no han tomado en cuenta la situación de precarie-

- dad sociocultural de muchos sectores desfavorecidos del país y la alta incidencia del abuso sexual intrafamiliar;
2. El desconocimiento de las particularidades psicológicas de la subjetividad infantil y adolescente;
 3. La falta de un proyecto de preparación adecuada para los profesionales - los maestros supuestamente - encargados de dictar dicha materia;
 4. La falta de análisis de las influencias de ideologías post-modernas tanto en el currículo como en los textos de referencia;
 5. La ausencia de una determinación de objetivos psico-sociales que se quieren alcanzar con la implementación del programa de educación sexual, lo que incluiría necesariamente la definición del modelo de sociedad a la cual aspiran.

El elemento más preocupante del primer punto, o sea el desconocimiento de la situación de precariedad sociocultural de muchos sectores de escasos recursos (sin por esto serlos específica), tiene que ver con la alta incidencia de comportamientos patológicos ligados a la promiscuidad incestuosa. La lectura más obvia

de esta situación es la ausencia de una tradición cultural, que enmarque las conductas sociales y, en primer lugar, las que se refieren a la sexualidad; el síntoma trágico de esta situación de anomia es el abuso sexual por parte de parientes; en efecto, dentro de la célula familiar a menudo no existen leyes que organicen la sexualidad, ni en función de los vínculos de parentesco ni tampoco en función de la diferencia generacional. Hay que insistir en este aspecto muy desalentador, porque muestra a saciedad, por una parte, la situación de descomposición de la trama sociocultural a la cual se enfrentan ciertos grupos sociales, y, por el otro, la necesidad urgente de implementar una educación sexual que priorice la transmisión de valores éticos para favorecer la convivencia pacífica del grupo y por ende para reforzar las leyes fundadoras de la vida social que son las prohibiciones del incesto y del parricidio.

No ahondaremos en los problemas relativos - segundo punto - a la estructuración psíquica infantil, limitándonos a indicar que una información sexual inadecuada puede volverse muy perjudicial para el niño, fomentando una sexualización prematura en desacuerdo con su edad, que le priva del beneficio de la etapa de latencia, a pesar de su im-

portancia, para fortalecer el proceso de socialización, antes de la época atormentada aunque necesaria de la adolescencia. Además el desconocimiento de la manera de pensar y de estructurarse psíquicamente propia a un niño, lleva a complicar o incluso impedir la construcción de teorías sexuales, cuya importancia para los procesos de aprendizaje ya se mencionó.

Respecto a quién debe encargarse de la educación sexual, tercer punto, hay que recalcar primero que no incumbe a los padres. En efecto, en un mundo atomizado como el actual, los padres no son las personas más idóneas para hablar de sexualidad a sus hijos por dos razones; la una es porque tienen a su disposición casi exclusivamente su experiencia propia en el campo de la sexualidad sin el aval de un trabajo de reflexión, que permita establecer diferencias entre sus vivencias personales y las reglas necesarias para el grupo en su conjunto; por otro lado la Ley universal de prohibición del incesto hace que los padres se encuentran en una relación con sus hijos, que imposibilita muy a menudo discusiones sanas sobre la problemática sexual, sea porque les resulta un tema muy embarazoso o sea - y es lo más grave - por demasiada pro-

miscuidad. Sin embargo, cuando hablamos de los maestros, la situación no es esencialmente diferente, ya que en su gran mayoría son también padres de familia y muchos han sufrido en su propia historia problemáticas de maltrato y de abuso sexual, sin haber tenido la oportunidad de expresarse al respecto. Por ende, deberían conformarse equipos con profesionales preparados académica y personalmente para enseñar la materia de educación sexual.

En lo que se refiere al cuarto punto, o sea a la intromisión de ideologías postmodernas en la elaboración de programas escolares y, en particular, con el ofrecimiento de técnicas de educación sexual, es preciso subrayar que estas ideologías van de la mano con pseudoteorías psicológicas que se han desarrollado para apoyar los discursos de moda que sirven al neoliberalismo. Desde luego, el interés del mercado global, al cual estas ideologías están adscritas, no es mejorar el tejido sociocultural de la comunidad sino *producir consumidores*; lo que va necesariamente a la par con una destrucción del lazo social. Las psicologías nacidas en este contexto, con el fin, confesado o no, de promover objetos fetiches, que aportarán supuestamente una felicidad completa, se

fundamentan en una tecnología de la adaptación social al modelo económico dominante, fomentando todas las formas de individualismo extremo a costa de los vínculos sociofamiliares¹⁸. De ahí, se entiende por qué en estas teorías psicológicas, la sexualidad en lugar de servir de medio de integración al grupo a través de las relaciones sociales, esta excluida del campo de los valores éticos para constituirse en el terreno fértil de un narcisismo sin límite y un hedonismo desenfadado.

Esta observación nos lleva, por último, a recalcar la necesidad de una definición de objetivos políticos y sociales precisos con las aclaraciones indispensables respecto al modelo de socio-cultura que se quiere promover: una sociedad de consumidores, incluyendo el consumo del sexo con todas las taras vinculadas como la pedofilia, para no citar más, o una sociedad con valores sociales, valga la redundancia, en la cual la calidad del tejido sociocultural es más importante que los intereses egoístas del mercado y las comodidades materiales.

Un '*cordial entendimiento*' en busca del Bien común

Retomemos, para terminar, los planteamientos iniciales que se pueden enunciar de manera muy sucinta. Para vivir juntos con cierta armonía y sin mayores conflictos, resulta imprescindible compartir valores éticos comunes, que apuntan hacia la idea de un Bien común; entre estos valores, hay que ubicar las normas y las costumbres sexuales, en cuanto constituyen el meollo de nuestras relaciones con los otros, además de fundarse en las leyes primordiales de la sociedad; valores éticos y valores que podríamos llamar 'sexuales' son parte esencial de la herencia simbólica y por lo tanto pasan de una generación a la otra por un necesario proceso de transmisión, que asegure la sobrevivencia de las socio-culturas. Si ahora analizamos las observaciones del debate actual respecto a la educación sexual en el Ecuador, todos los puntos mencionados antes tienen en común un serio desconocimiento de la realidad, desde cuestiones de sociología y de psicología hasta problemas de ciencia política.

18 Un buen ejemplo del antagonismo entre los imperativos de consumo ilimitado del mercado, por un lado y la preservación del lazo social como el que sostiene una familia, por otro lado, se observa en la exaltación del matrimonio '*gay*' por parte de ciertos discursos postmodernos por el hecho que estas nuevas parejas se encuentran entre los mejores consumidores de productos de lujo; lo cierto es que se trata de una alianza matrimonial, infértil por naturaleza, y por lo tanto no tiene la misma preocupación que los padres de una familia tradicional para asegurar a sus posibles hijos un porvenir más o menos garantizado.

La conclusión que viene a la mente parece bastante obvia. Es urgente reanudar un trabajo mancomunado entre las ciencias del hombre y los que están encargados de actuar a través de decisiones políticas y de la implementación de programas estatales. Lamentablemente, no se nota mucho interés por parte de las instancias competentes para invitar a sus colegas académicos en una reflexión crítica y a debates serios sobre los temas de actualidad como, por ejemplo, respecto a la educación sexual; más aun la mayoría de las instituciones que tienen actividades con los sectores marginales se cantonan en un activismo, a la vez que proclaman un cierto desprecio a los llamados teóricos. Pero la falta no es exclusivamente de ellos. A su vez, los 'académicos' no suelen preocuparse mucho del efecto de sus teorías en la práctica ni tampoco consideran que ellos también deben responder a un compromiso político, por ejemplo, en la elección de sus temas de investigación.

Por cierto, el intervencionismo siempre es discutible; sin embargo a la inversa, quedar a la espera que se den los cambios que estimamos

imprescindibles, más aun en el mundo actual sometido a fuerzas muy fácilmente ubicables como son los intereses del mercado global en primer lugar, puede ser criminal: ¿quién puede atreverse a utilizar el argumento de no intervención cuando un niño corre un peligro identificable? Finalmente, como dice Octave Mannoni en su estudio sobre el racismo a partir de su experiencia en Madagascar¹⁹, el etnólogo - y eso vale también para el psicólogo, el psicoanalista, y todos los 'cientistas sociales', que trabajan en un sector social determinado, un 'terreno' como se dice - no actúa tanto dentro de la socio-cultura que estudia sino para los que están en relación con esta cultura y, por lo tanto, su compromiso político se mide a este nivel; en este sentido, es importante reconocer la función de portavoz de esos otros olvidados que, en muchas ocasiones, nos toca asumir.

El Ecuador de nuestros días vive un momento excepcional, con el cual todos los que estamos interesados en un cambio de sociedad hacia una mayor solidaridad y una mayor equidad tenemos la obligación moral de comprometernos. Este proceso sólo

19 Octave Mannoni. *Le racisme revisté. Madagascar. 1947*, Denoël, Paris, 1997: 327ss.

es posible con la definición de un Bien común a partir de valores éticos compartidos, que el modelo educativo tiene como función fomentar, promover y transmitir a las nuevas generaciones, en especial, a través de la educación sexual que enmarque la información sobre el sexo y las prácticas sexuales dentro de una dimensión ético-moral. Aprovechemos esta oportunidad para crear un *'cordial*

entendimiento' entre políticos, 'activistas' y teóricos para, conjuntamente, ayudarnos a encontrar las soluciones más adecuadas a los problemas acuciantes que viven tantos seres humanos en un mundo postmoderno, no muy interesado en darles un lugar para vivir, unas soluciones que no se limiten a aspectos materiales sino que incluyan los valores socio-culturales fundamentales.